El Romeral

Un territorio construido a través de acciones, memoria e imaginación

Por: Gabriel Jaime Bustamante Ramírez*

De las gentes que han habitado por estos montes

Durante miles de años El Romeral ha sido explotado y transformado por hombres y mujeres que, a través de sus vivencias, han acumulado conocimientos transmitidos de generación en generación. Por muchos años, este monte ha sido inventado y habitado, valorado y simbolizado por seres humanos de rostros indescifrables y diversas pieles que han transitado sus sendas, veredas, parajes, caminos y deshechos; surcado su tierra, trepado sus alturas y buceado en sus misterios; que han desafiado la cambiante temperatura, las lluvias y las tempestades; enfrentados a los peligros que entraña.

Se asegura[1], que hace aproximadamente 2.500 años habitaban por estos parajes grupos humanos provistos de artefactos toscos de cuyo empleo eficaz dependía en gran parte su sobrevivencia.

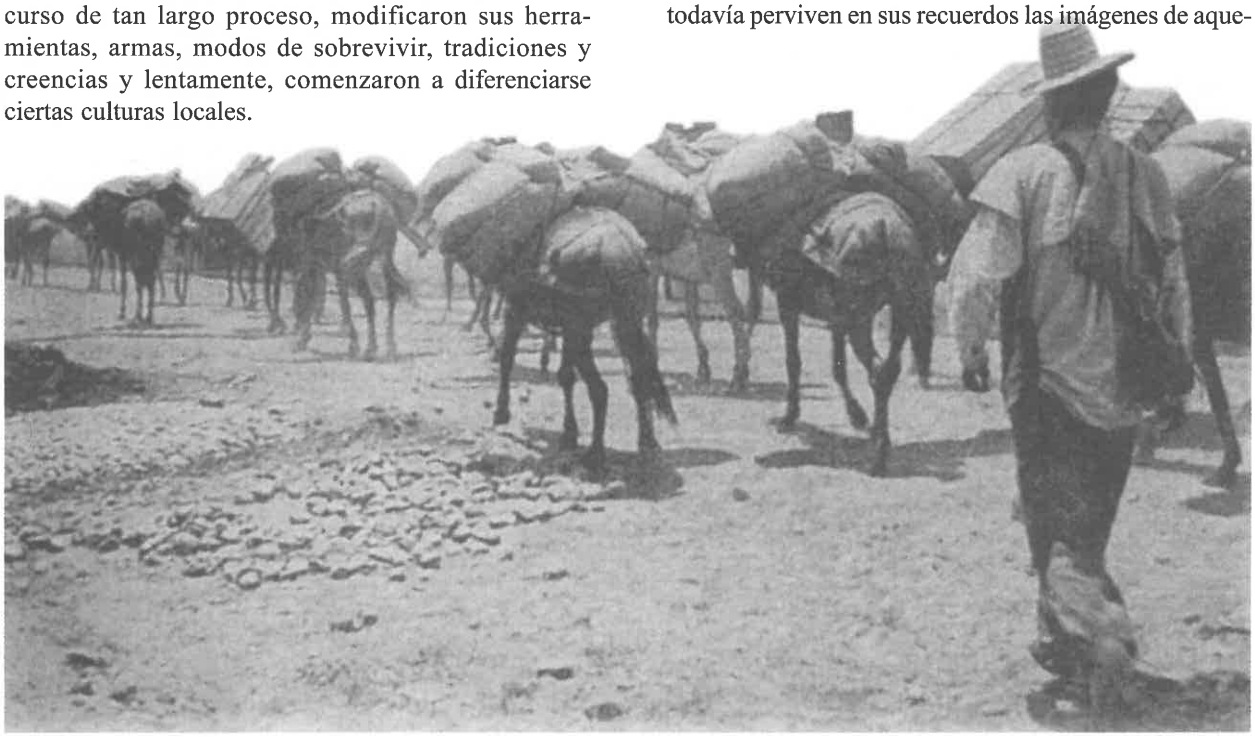
A través de los siglos, estos grupos se adaptaron a las más diversas condiciones del medio natural, y en el curso de tan largo proceso, modificaron sus herramientas, armas, modos de sobrevivir, tradiciones y creencias y lentamente, comenzaron a diferenciarse ciertas culturas locales.

De comerciantes, arrieros y contrabandistas

Para su sobrevivencia, algunos se dedicaron a comerciar por caminos, trochas y atajos que habían sido construidos por sus ancestros o por ellos mismos.

Muchos viejos, que hoy viven en La Estrella, recuerdan las extenuantes jornadas que imponía esa labor. No olvidan los días de lluvia y las noches de luna llena cuando, al calor del aguardiente o la tapetusa cruzaban por esos caminos arrugados y escabrosos con sus recuas de mulas cargadas de maíz, panela, café y otras mercancías. No olvidan sus pies reventados a causa de las enormes distancias recorridas.

En la memoria de Rafael Mejía, un hombre humilde y sabio, que antaño se dedicó al oficio de trajinar con bestias de carga, aún permanecen las noches de cuentos y anécdotas en las fondas camineras, aún se mantienen los rostros de aquellos hombres que abrieron con la sola fuerza de sus brazos y el aliento de su coraje, algunos de los caminos para el tránsito de viajeros y mercancías; todavía perviven en sus recuerdos las imágenes de aque-



llos que vagaron buscando fortuna de un pueblo a otro hasta hacer de este oficio su propio estilo de vida.

Otros se dedicaron, por esos mismos caminos, a desafiar lo establecido. A lomo de mula, y cargadas sus espaldas, muchos hombres del pueblo se dedicaron al oficio del contrabando de tabaco y aguardiente. Alfredo Cano, un hombre octogenario con la piel surcada por hondas arrugas y quien pasó muchos años en medio del tráfico ilícito, cuenta así sus aventuras de contrabando:

> *Todos los caminos que utilizaban los indios ahora años los recorríamos los contrabandistas cargados de aguardiente y tabaco. Había ocasiones, en que éramos cincuenta o sesenta hombres por toda esa cordillera del Romeral, con el viaje a la espalda de botellas o de hojas de tabaco, las mismas que repartíamos en las casas de gentes de La Estrella para que las doblaran. Caminábamos desde Armenia, Fredonia, Amagá u otros pueblos del Cauca con tabaco hasta La Estrella, siempre cuidándonos del Resguardo que por aquella época, era la autoridad encargada de vigilar que no hubiera traficantes. Los que estabamos metidos en este oficio nos disponíamos a lo que fuera con tal de defender lo que habíamos cargado durante tantos días y que era el sustento de la familia.*

El licor hecho en alambiques o zacatines por hombres como Miguel Vargas, Gerardo Bedoya, Alfredo Cano, y Eduardo Cuartas, entre otros, ocupó un lugar privilegiado en la vida doméstica y social de los pobladores. Hombres adultos y muchachos, mujeres y en ocasiones hasta niños, disfrutaron del aguardiente hecho en La Estrella.

Del arte de convertir la madera en carbón

Muchas otras personas se dedicaron, durante años, al oficio de convertir la madera en carbón de leña, el mismo que luego sería utilizado para cocinar, mezclarle a la pólvora, calentar las casas recién emboñigadas o revocadas y cargar las incipientes planchas para quitarle las arrugas a la ropa. Pero el conocimiento de los carboneros y la utilización de este combustible iba más allá de lo meramente cotidiano. Coinciden las personas entrevistadas en que el humo expelido por los árboles al momento de su transformación en carbón, servía para controlar las "ilusiones malignas" que rondaban por el monte, pues el espíritu "bueno" de los árboles se encargaba de ahuyentarlos; hablan además del uso medicinal del carbón que, raspado en agua hervida, cura el azúcar en la sangre y la úlcera.

Hace aproximadamente sesenta o setenta años era usual, cuentan los viejos del pueblo, ver desde la distancia varios hornos encendidos que semejaban enjambres de cocuyos en el lugar llamado La Meseta. Allí, envueltos en el humo aromático de las plantas de tronco leñoso se reunían hombres y mujeres a ver cómo durante varios días Roble, Cedro, Drago, Laurel, Balso, Carbonero, Guásimo, Encenillo, Borrachero, Chagualo, Yarumo, Guadua, Siete Cueros, Guayabo y otros tantos árboles se convertían en brazas. Todos ellos aprendieron el oficio de sus padres siendo muy niños y éstos, a su vez, de los suyos, hasta perderse en el tiempo el origen de este arte, como ellos mismos lo llaman.

Muchos recuerdan cómo después del desmonte (derribaban bosques enteros para meter ganado o cultivar), venía la quema y después de ésta la venta a los ricos del pueblo, pues los pobres solo tenían acceso al carbón de piedra (traído de Amagá), por ser más barato.

Hoy, después de varias décadas este oficio, como muchas especies animales y vegetales, está en vía de extinción. El arte que por años fuera el sustento de incontables familias hoy se ha tornado inútil. Los carboneros de La Estrella han comprendido que su saber ya no es necesario, pues como dicen los pocos carboneros que quedan: "Llegó el modernismo con su luz eléctrica y el gas y acabó con este oficio que durante años alumbró los montes del Romeral".

Del oficio de entrelazar tallos largos y delgados

Mediante penosas excursiones al Romeral, hombres como Germán Molina y Felipe Betancur recogían bejucos que, con la presteza y el conocimiento aprendido de sus padres, convertían en canastos utilizados luego por cosecheros de café o por amas de casa, para guardar objetos menudos de uso doméstico. Con el saber que guarda la tradición oral y la observación atenta de la naturaleza, aprendieron que para que este elemento de su sustento se reprodujera, era necesario cortarlo a ras de piso sin maltratar la raíz.

Después de cosechar tallos largos y delgados como el Chusco de Castilla, el Carrizo, el Tórtolo, el Tripa Perro o Tripa é Pollo, el Congolo, el Uña de Gato, el Chagualo, el Cestillo y el Madroño, familias enteras los entrelazaban y construían figuras de boca ancha y angosta y de formas alargadas y ovaladas.

Este saber aprendido de los ancestros sirvió para que muchas personas de La Estrella pudieran suplir, en parte, sus necesidades vitales. Pero como el oficio de hacer carbón, éste también está en vía de extinción y con él las ilusiones de un puñado de personas que un día pensaron que esta virtud, disposición y habilidad de convertir bejucos en bellas y hermosas figuras nunca perecería, pero la industria ha demostrado lo contrario: ha declarado obsoleto todo aquello que no es producción en serie. Las actividades artesanales se convirtieron para los tiempos modernos en símbolo de "subdesarrollo".

Leyendas, mitos y fábulas

Leyendas, mitos legendarios y fábulas no pueden estar ausentes de las memorias del Romeral. A pesar de la implacable razón persisten, se hallan arraigados en la tradición cultural e histórica. Todavía, seres extraterrenales perduran en el tiempo y se resisten a ser embestidos por la civilización. Aun circulan, a través de la palabra, leyendas, relatos y cuentos sobre seres envueltos en un hálito de misterio y de terror; y permanecen en las mentes sencillas de nuestros carboneros, cazadores, canasteros, contrabandistas y labriegos, cuentos de seres que habitan en las entrañas de nuestra montaña mágica.

Desde tiempos inmemoriales, brujas, duendes y espantos han vivido cabalgando por estas montañas, despistando caminantes y convirtiendo modestos rastrojos en tupidos zarzales. Estos seres, a quienes se les han conferido poderes especiales específicos, hacen parte de nuestro patrimonio cultural tanto como la devoción por la virgen o sus milagros.

No puede hablarse pues, del Romeral, sin que venga a la memoria de los siderenses[2], una anécdota de duendes, brujas, demonios, espantos o encantos que la tradición guarda celosamente con afecto ineluctable; historias que con el paso del tiempo han sido transmitidas de generación en generación, y allegadas al pensamiento fantástico colectivo. Uno de esos seres, tal vez el más significativo para los habitantes de La Estrella es la *gallina de los huevos de oro.*

La leyenda cuenta que en las profundidades de la laguna (un depósito natural de agua que se encuentra en la parte alta del Romeral), habita una gallina de cresta grande, cola abundante, espolones pequeños en forma de cuerno y plumaje lustroso y menudo con visos brillantes. Se dice que esta ave es del metal tal vez más preciado para los hombres: el oro.

Pero este animal de pico corto, grueso y arqueado y pendientes a uno y otro lado de la cara, no habita solo en aquellas profundidades: lo acompañan sus crías, salidas de sus preciosos huevos. Se cuenta que para ver estas joyas doradas, es condición imprescindible pararse al lado de su morada el Viernes Santo a las doce de la noche; de lo contrario, es imposible apreciar tan maravillosa familia.

Muchos aseguran que existe. Afirman que quien intente apropiárselo será arrastrado a las profundidades de la ciénaga sin posibilidad alguna de regresar a la superficie; dicen que es imposible atraparla pues, al intentarlo desaparece en el acto; otros aseveran que es tan sólo una ilusión.

Así pues, tanto el mito de la gallina como la práctica de la brujería, el contrabando, el comercio, la arriería y los conocimientos de carboneros, cazadores, recolectores de plantas y canasteros, hacen parte de nuestra historia, han conformado nuestra cultura. Todos esos seres moradores de El Romeral, han aportado a la construcción de lo que hoy somos. Han puesto su grano de arena para podernos referir a una identidad colectiva.

Los pobladores de La Estrella, además de apropiarse estos montes a través de sus sentidos, de su trabajo y de su memoria, también lo han hecho suyo mediante la imaginación.



*** Historiador. Director de programas de la Corporación Ancón. Municipio de La Estrella, Antioquia.**

[1] En los trabajos arqueológicos realizados por la Universidad de Antioquía, en la Ferrería, se estableció esa fecha para las cerámicas encontradas.

[2] Este es el gentilicio utilizado para nombrar las personas que habitan el municipio de La Estrella.